

NO TENEMOS VINO: HACIA UNA NUEVA FORMA DE SER IGLESIA

P. Guillermo
Campuzano, CM*

* Es el actual representante de la Congregación de la Misión (Vicentinos) en la ONU. Desde esta oficina anima la Coalición Internacional de los Vicentinos para la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación. Es miembro del ETAP y desde este servicio pertenece a las comisiones continentales Contra la Trata de Personas y de Reconfiguración de la Vida Consagrada.

Resumen:

En este artículo, el autor recoge el llamado que se hizo en el Congreso que celebró los 50 años de Medellín, “hacia una nueva forma de ser Iglesia”, frente a la crisis general que ésta atraviesa desde el punto de vista institucional. El llamado del Papa Francisco a la *sinodalidad* se escuchó claramente en Medellín. Este artículo recoge unas líneas generales que explican qué es una Iglesia sinodal y por qué ese modelo es posible y necesario hoy. Esta Iglesia sinodal le plantea nuevos retos a la Vida Consagrada.

Introducción

Después de la Asamblea General de la CLAR, tenuta en Medellín en concomitancia con el Congreso, se eligió el Icono de las Bodas de Caná para iluminar nuestros caminos en el próximo trienio. Detrás de este icono hay una llamada a la novedad en la institución religiosa.

En Caná de Galilea se declara que el judaísmo, la forma religiosa institucional de antes y, con él la religión que lo controlaba todo,

ha caducado y reclama una profunda transformación. De hecho, a continuación, el Evangelio presentará a Jesús como el “nuevo templo”: “Destruyan este templo y en tres días yo lo levantaré de nuevo... El Templo del que hablaba Jesús era su propio cuerpo”: (Jn 3, 19-21), proclamando que “para dar culto al Padre, no tendrán que subir a este monte ni ir a Jerusalén... Ha llegado la hora en que los que rindan verdaderamente culto al Padre, lo harán en espíritu y en verdad. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad” (Jn 4,21-24).

Jesús inaugura un nuevo tiempo (el vino nuevo) en el que es central la conducta ética en la que se encarnan los valores del Reino. Esta nueva conducta determina el estilo relacional de los verdaderos seguidores de Jesús, aquellos que adoran a Dios en espíritu y en verdad. En la enseñanza de Jesús, la gloria de Dios que la persona religiosa busca, es inseparable de la relación con sus hermanas y hermanos, de la conducta diaria, y de la vida. Esto lo entendieron bien los líderes religiosos de Israel y por eso, la institución religiosa que ellos representaban entró en conflic-

to con esta enseñanza y con esta manera de vivir de Jesús.

La Boda en la que falta el vino simboliza la antigua alianza, representada por una institución religiosa desgastada, corrupta, insensible, cruel, alejada de Dios. El agotamiento del vino simboliza todo lo que faltaba para que la fiesta de la alianza con Dios y de la vida no corriera peligro. Las Bodas de Caná anuncian que esta alianza antigua (representada/visibilizada por la institución religiosa judía) va a ser sustituida por la nueva, en la que se dará un vino nuevo. La vida, las palabras, las acciones y las relaciones de Jesús son el vino nuevo que asegura la continuidad de la fiesta -la de la vida, la de la alianza con Dios- hasta que los tiempos lleguen a su plenitud. Este es el contenido esencial de la *sinodalidad* eclesial, propuesta desde el principio de su papado por Francisco a la Iglesia, como lo explicaremos más adelante.

1. La noche de la desconfianza: desinstitucionalización y pérdida de credibilidad de la Iglesia ¡No Tenemos Vino!

La desinstitucionalización, la crisis profunda de las institucio-

nes y de la institucionalidad, es una de las características de la narrativa actual. “Esta época se caracteriza por la crisis de sentido y la puja entre sentidos, la fragmentación de las totalidades (filosóficas, ideológicas, políticas), la crítica a los metarrelatos y a las macro-instituciones, una nueva secularización por la *desinstitucionalización*, una razón débil y transversal, el relativismo (ético, doctrinal, etc.) y el consumismo”¹.

Es claro que la crisis institucional no es exclusiva de una institución en particular. Se trata de un fenómeno de alcances impen-sados y con un carácter universal. La desinstitucionalización -la deconstrucción de las instituciones- en nuestra sociedad, está enmarcada en la creciente falta de confianza en toda institución, incluida la base misma de todas las instituciones: la institución familiar, que es la que más transformaciones ha experimentado. La Iglesia no es una institución aislada o marginal del mundo en el que está situada. La Iglesia no está inmunizada y ella ha sido profundamente afectada por la crisis general de esta civilización.

La Iglesia, que es nuestro asunto de reflexión, es el reflejo de una crisis generalizada.

En el fondo de la crisis institucional está el hecho que Francisco ha descrito como la ruptura de la fraternidad humana y que puede ser caracterizada como el paradigma de separación y de polarización. El asunto no pasa desapercibido ya que lo que está en juego en este marco de crisis generalizada, es la existencia de la institución más importante: la vida.

La crisis de la institución política es quizás la más evidente para muchos, ya que nos afecta a todos. La corrupción política, el desvanecimiento de la búsqueda del bien común como corazón de la acción política, la falta de voluntad política para enfrentar los asuntos más críticos que afectan a las personas y las comunidades, especialmente las que están marginadas, son la evidencia de la noche oscura de la institución política que se manifiesta en la aparición del gobierno de la complejidad y, en consecuencia, en muchos casos, de la incapacidad misma de gobernar.

¹ Juan Carlos Scannone, SJ. “*Situación Religiosa Actual en América Latina*”.

En el caso de las religiones podríamos decir que la crisis de la institución religiosa está incrustada en la creciente tensión entre el espíritu y la institución humana. En los últimos decenios, el mundo de las religiones ha sufrido una transformación profunda en su identidad y en su manera de actuar. Muchas de estas transformaciones se han visto asociadas a comportamientos reconocidos como escandalosos o contradictorios para personas de fe y, muy especialmente, para líderes religiosos²:

- Los acuerdos ocultos, con grandes flujos de dinero, de grupos religiosos con partidos políticos y poderes políticos ultraconservadores
- La aparición de fundamentalismos (algunos de ellos fanáticos)
- La persecución de otros grupos religiosos y/o la exclusión y hasta la persecución de personas y grupos por razones de confesión religiosa
- Los escándalos con el manejo del dinero, el enriquecimiento exagerado de los líderes espirituales, el lujo y la suntuosidad de los lugares de culto
- La conversión de líderes religiosos en gerentes de empresas capitalistas
- La explotación afectiva y económica de los seguidores
- El abuso sexual de todo tipo
- El fanatismo piadoso o el culto a la persona del líder religioso
- El control de la conciencia individual y colectiva, etc.

Todos estos asuntos hacen entrar en una profunda crisis al fenómeno religioso que tiene como esencia la conexión de la persona con Dios y, en consecuencia, con las demás personas y con la tierra³. Al ver esto, hay quienes se atreven a hablar de la desaparición de la religión en general o del surgimiento de un mundo post-religioso.

² Arboleda Mora Carlos y Castrillón López Luis Alberto. Escritos / Medellín - Colombia / Vol. 23, N. 50 / pp. 83-108 enero-junio 2015 / ISSN 0120 -1263.

³ La palabra religión proviene del latín “*religare*” que significa unir. La unión con la realidad trascendente tiene como consecuencia primera la unidad de la humanidad. Esta ha sido y es una de las propuestas más importantes de la religión para dar sentido a la vida.

Estos síntomas del desajuste institucional o de la crisis de la estructura religiosa, han sido particularmente seguidos en los medios de comunicación social, relacionándolos con la Iglesia Católica. No creo, como algunos afirman, que se trate de una persecución directa o de un intento de destrucción de la Iglesia. La inmensa mayoría de los elementos que los medios de comunicación cubren están basados en historias con fundamento en la realidad y que van desvelando una crisis sin precedentes y que reclama una solución que sólo sucederá desde la transformación profunda de la institución misma. No es éste el lugar para analizar las causas globales de la crisis, ni tampoco para analizar la crisis del Islam, del Judaísmo o de las Iglesias cristianas históricas, pero es claro que a éstas también las toca el fenómeno de la desinstitucionalización⁴.

En el último mes, después de la Carta al Pueblo de Dios, del Papa Francisco, en la que denunciaba tres tipos de abusos: sexuales, de poder y de control de la conciencia, algunos han argumentado que estos asuntos no son di-

rectamente de tipo institucional, sino de tipo psicológico y que son causados por un individuo con trastornos de la personalidad o algún tipo de enfermedad mental. Afirman, quienes sostienen esta teoría, que estos problemas corresponden a la disciplina psicológica, aunque puedan causar un efecto profundo a la institución en general.

En algunos casos, esta distinción tiene un interés muy particular: frenar los requerimientos que Francisco ha hecho para una transformación profunda de la institución, con lo que se asume que, en la mentalidad del Papa y de los 8 Cardenales que le acompañan en esta tarea, los problemas de tipo personal, especialmente de los clérigos, no pueden ser separados de la crisis profunda por la que atraviesa la institución toda. Estos asuntos personales (abusos de todo orden) han sido y son hoy, causa y efecto de una ruptura ética profunda, al interior de la Iglesia.

La enfermedad está alojada en el corazón de la institución misma, en su estructura jerárquica,

⁴ Para Occidente es más cercana la crisis de las iglesias cristianas históricas: catolicismo romano, anglicanismo, luteranismo, metodismo, bautistas. Los mismos síntomas se notan entre los musulmanes, los judíos e inclusive en el hinduismo y en el budismo.

en la manera como los líderes son elegidos, en la cultura conductual que es transmitida en los seminarios y en las casas de formación, en la manera en que las/os laicas/os y la mujer son tratados y en los roles secundarios a los que son sometidos, en la incapacidad de revisar el cuerpo dogmático y el código de derecho canónico para asumir de una vez por todas el modelo de Iglesia, siempre resistido, del Concilio: Iglesia, Pueblo de Dios.

En muchos sectores de la Iglesia hoy vivimos en una ‘pastoral a la defensiva’. En medio de esta nueva realidad, nos encontramos frente al desafío de la credibilidad de la Iglesia católica en el actual contexto latinoamericano y caribeño, en algunos países más crudamente que en otros. Con la categoría ‘testimonio’, el Concilio Vaticano II, que la utiliza masivamente, reasumió la propuesta del Vaticano I sobre la Iglesia “como grande y perpetuo motivo de credibilidad” (DH 3013). El testimonio es en el Concilio un tema clave y se convierte en la verdadera vía de acceso a la credibilidad de la Iglesia⁵. Este tipo de testimonio, que fue muy fuerte después del Concilio y de Medellín, ha entrado

poco a poco en una noche oscura, en casi todos los sectores de la Iglesia: laicado, consagradas/os, y especialmente el grupo de los sacerdotes.

Esta crisis de la institución eclesiástica ha alcanzado a la Vida Consagrada de varias maneras. La más preocupante tiene que ver con los signos de la ruptura ética al interior de la Vida Consagrada. No dejan de asombrarnos los casos de abusos sexuales en las congregaciones masculinas de sacerdotes y Hermanos, los escándalos de corrupción económica que se han ido incrementando en muchas comunidades, en fin, la doble vida, la falta de compromiso, la incapacidad de asumir riesgos proféticos, los escándalos de las relaciones comunitarias rotas, etc. Cosas, todas éstas, que en muchos casos se han ido haciendo cotidianas a nuestro estilo de vida: ¡no tenemos vino!

2. La *sinodalidad*⁶ como nueva forma de Ser Iglesia

En el Congreso que celebró los 50 años de Medellín se escuchó un clamor generalizado, que llegó especialmente de las mujeres que allí estaban: ¡sinodalidad!

⁵ LG 13.35.38-42; AG 6.11.15.21.24.37; GS 43; PO 3; PC 25.

“El camino de la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”⁷. Éste es el compromiso programático propuesto por el Papa Francisco en la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos por parte del Beato Pablo VI. En efecto, la *sinodalidad* -afirma el Papa- “es dimensión constitutiva de la Iglesia”, de modo que lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, ya está todo contenido en la palabra ‘Sínodo’⁸⁻⁹. “Aunque el término y el concepto de *sinodalidad* no se encuentren explícitamente en la enseñanza del Concilio Vaticano II, se puede afirmar que la instancia de la *sinodalidad* se encuentra en el corazón de la

obra de renovación promovida por él”¹⁰.

En el corazón de la propuesta de Jesús en el Evangelio hay un modelo de humanidad que los padres conciliares no lograron ver claramente en la estructura jerárquica de la Iglesia. Este modelo de humanidad lo presenta Jesús como la manera en que Dios nos ve a todas/todos: ¡como iguales! Desde ahí, Jesús plantea una ética de las relaciones humanas y un estilo de vida para sus seguidores basados en el amor de hermanas y hermanos que, según el Evangelio, son el único testimonio capaz de hablar de nuestra fe y de nuestra relación con Dios (nueva alianza)¹¹. Estas relaciones nuevas tienen, además, la fuerza

⁶ “En la literatura teológica, canónica y pastoral de los últimos decenios se ha hecho común el uso de un sustantivo acuñado recientemente, “sinodalidad”, correlativo al adjetivo “sinodal” y derivados los dos de la palabra “sínodo”. Se habla así de la sinodalidad como “dimensión constitutiva” de la Iglesia o simplemente de “Iglesia sinodal”. Este lenguaje novedoso, que requiere una atenta puntualización teológica, testimonia una adquisición que se viene madurando en la conciencia eclesial a partir del Magisterio del Concilio Vaticano II y de la experiencia vivida, en las Iglesias locales y en la Iglesia universal, desde el último Concilio hasta el día de hoy.” Comisión Teológica internacional 2 de marzo de 2018.

⁷ Francisco, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015): AAS 107 (2015) 1139.

⁸ “Sínodo” es una palabra antigua muy venerada por la Tradición de la Iglesia, cuyo significado se asocia con los contenidos más profundos de la Revelación. Compuesta por la preposición σύν, y el sustantivo ὁδός, indica el camino que recorren juntos los miembros del Pueblo de Dios. Remite por lo tanto al Señor Jesús que se presenta a sí mismo como «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6), y al hecho de que los cristianos, sus seguidores, en su origen fueron llamados «los discípulos del camino» (cf. Hch 9,2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22). Comisión Teológica internacional 2 de marzo de 2018.

⁹ Francisco, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015): AAS 107 (2015) 1139.

¹⁰ Comisión Teológica Internacional: La sinodalidad en la Vida y Misión de la Iglesia: # 6.

necesaria para acercar el Reino a la historia; este Reino no es de ideas, de certezas, de dogmas o de rituales. Se trata de un Reino en la justicia, la paz, la libertad y la vida digna de todas y todos, basado en relaciones humano-ecológicas, en las que la dignidad de la vida, de la persona y de la tierra, son siempre protegidas y respetadas: ¡vino nuevo!

El modelo de Iglesia del Concilio, la Iglesia Pueblo de Dios, destaca la igualdad esencial, la dignidad común y la participación en la única misión de todos los bautizados desde la riqueza de los muchos y diversos carismas y ministerios. La vocación, que es una sola: ¡sígueme!, se expresa de formas bellas en las diversas funciones, estilos de vida y compromisos con la misión única: ¡el Reino!

El concepto de comunión, *‘que todos sean uno como tú y yo somos uno’* (cf. Jn 17), expresa la esencia del misterio y de la misión de la Iglesia. La comunión relacional -comunión de iguales, sin jerarquías- es punto de partida, camino y punto de llegada del ser y quehacer de una Iglesia que es

Eucaristía. La nueva alianza, simbolizada en el vino nuevo de Caná designa la unión con Dios Trinidad y la unidad entre las personas humanas con la fuerza del Espíritu de comunión que se actualiza permanentemente en la mirada sobre la vida toda de Jesús. “La *sinodalidad*, en este contexto eclesiológico, indica la específica forma de vivir y obrar de la Iglesia Pueblo de Dios, que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora”¹².

Después del Concilio y de Medellín, en las Comunidades Eclesiales de Base y como una réplica, al interior de la Iglesia, se experimentaron muchas rupturas con los modelos de Iglesia piramidal y de comunidad del pasado. En este nuevo modelo social, eclesial, relacional, “las personas bautizadas empezaron a tener una conciencia mucho más clara de su autonomía, su libertad, su dignidad, y no se sujetaban fácilmente a expresiones comunitarias (eclesiales) infantilizantes, autoritarias y humillantes”¹³. Las/os laicas/os,

¹¹ 1Juan 4, 20 “Quien dice que ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso”.

¹² Comisión Teológica Internacional: La sinodalidad en la Vida y Misión de la Iglesia: # 6.

las mujeres, los pobres, grupos ordinariamente marginados al interior de la institución, comenzaron a encontrar su voz y a marcar el ritmo de la transformación de las Iglesias y de las comunidades. Así nacieron algunas convicciones que poco a poco se van haciendo naturales ya que intentan concretizar el modelo de Iglesia Pueblo de Dios, que en Latinoamérica ha seguido este proceso reflexivo: Iglesia de los pobres (Medellín 1968), Iglesia de comunión y participación (Puebla 1979), Iglesia comunidad de comunidades que quiere inculturar el Evangelio (Santo Domingo 1992), Iglesia de discípulas/os y misioneras/os, para que nuestros pueblos tengan vida (Aparecida 2007), Iglesia pobre y para los pobres (Francisco).

Las CEB y muchos otros modelos propuestos después, como el de las pequeñas comunidades de vida, desclericalizan a la institución, mueven al ‘padre’ del centro y pone en su lugar a la comunidad ‘sinodal’. En este modelo el servicio de la autoridad es separado del poder autoritario patriarcal en el que la voz de las mujeres, los laicos y los pobres es ignorada. Además, en este modelo la Iglesia se mueve del centro

(superación del eclesiocentrismo y de la auto-referencialidad), para hacerse ‘sierva y signo del Reino’.

La mirada permanente hacia la *sinodalidad* trinitaria, corazón de la propuesta eclesial del Concilio, nos ayudará a sanar/recuperar la vocación sinodal del Pueblo de Dios. Esta Iglesia Sinodal, hacia la que caminamos de la mano de Francisco, es una Iglesia peregrina y en salida. Esta *sinodalidad* es ecológica ya que nos recuerda la comunión básica de toda comunión, la comunión con la tierra. Este camino hacia la *sinodalidad* reclama una profunda conversión: que todos los bautizados, todas las estructuras, y toda la acción pastoral sucedan en y para la *sinodalidad*, lo que supone la participación, la corresponsabilidad, la mutualidad, la igualdad esencial, la lectura de los acontecimientos/realidad intra y extra eclesiales y, sobre todo, la conversión relacional en la que se supera para siempre la antropología de señor/siervo y por ende todos los títulos que de allí se desprenden, como el clásico ‘Monseñor’ (Mi Señor) que aún hoy se usa en el lenguaje eclesiástico. Sin duda que la propuesta del Reino, en labios de Jesús, es una propuesta hacia la

¹³ J. Libanio, *Memorias del Congreso CLAR 50 años* p. 91.

sinodalidad, ese es el corazón de su mensaje.

Encontramos un modelo de Iglesia sinodal en los siglos III al IX. En este modelo las Iglesias locales se auto-gobernaban, mediante los sínodos o concilios locales o nacionales. Al respecto, ha afirmado Francisco: “En una Iglesia sinodal no es oportuno que el Papa sustituya a los episcopados locales en el discernimiento de todas las problemáticas que suceden en su territorio”, abogando por una “saludable descentralización”.

El contenido esencial de la forma de gobierno de una Iglesia sinodal lo podemos encontrar en el Concilio de Cartago, en el que se afirma que: “1) El pueblo tiene poder para elegir a sus ministros, concretamente al obispo (Cipriano, *Epist.* 67, IV, 1-2). 2) El pueblo tiene poder para quitar al obispo cuando éste se comporta de manera indigna (Cipriano, *Epist.* 67, III, 2). 3) El recurso a Roma no debe cambiar la situación, porque ese recurso se ha hecho sin atenderse a la verdad y sinceridad que requieren estas decisiones (Cipriano, *Epist.* 67, V, 3)”¹⁴.

¹⁴ José M. Castillo, *La alternativa cristiana*, Salamanca, Sígueme, 1978, 192-193.

¹⁵ En el tiempo de los Padres y en toda la alta Edad Media, los sínodos repetían frecuentemente el criterio que formuló el Papa Celestino I: “*nullus invitis detur episcopus*”: “ningún obispo se les imponga a quienes no lo aceptan” (José M. Castillo).

¹⁶ Celestino I, *Epist.* IV, 5. PL 50, 434 B.

La evidencia histórica nos da unas pistas esenciales para construir el modelo de una Iglesia sinodal en un tiempo tan difícil como éste. El cambio más difícil de todos es el cambio de mentalidad. En la Iglesia sinodal antigua el centro de la Iglesia está más en la comunidad del pueblo creyente, que en el clero y en la jerarquía. Los obispos no podían ser impuestos a las comunidades que no los aceptaban¹⁵; para nombrar a un obispo se requería del consenso y la aceptación del pueblo y del clero¹⁶. La Iglesia sinodal mantuvo siempre la primacía del obispo de Roma, que intervenía para resolver los asuntos más graves de las Iglesias locales. En este modelo de Iglesia sinodal “el Papa tiene la autoridad de Pedro si tiene la fe, la justicia y las costumbres de Pedro” (Congar).

La intención final de la renovación de la Iglesia es la fidelidad a la fe en Jesús, el Señor, al Evangelio y a su misión: el Reino. El cambio en las estructuras de gobierno y en la manera de elegir los líderes no es el único asunto para que esta renovación suceda. Pero es claro que el cambio no ven-

drá de aquellos que, ostentando todo el poder, en buena medida son responsables de lo que está pasando. La conversión pastoral, ecológica y relacional, que sintetizan las llamadas papales para una Iglesia nueva, no sucederá si no hay personas, especialmente los líderes, que por lo menos lo intenten.

La Iglesia es por vocación pro-cultural, ella existe para defender la vida, los derechos de las personas y de la tierra, para estar al lado de los pequeños, para mostrar desde su estilo de vida que las nuevas relaciones anunciadas por Jesús son posibles y que ellas son el fundamento del Reino, un Reino en el que no hay señores y siervos, en donde todos somos hermanas y hermanos. Hoy no tenemos ni la fuerza, ni la credibilidad, ni la presencia capaz de hacerse profecía en un mundo donde se habla tanto de Dios y en el que Dios habla tan poco. Esta presencia profética es la que el Papa Francisco quiere, a toda costa, recuperar, no para ganar poder y prestigio, sino para ayudar a humanizar el “mundo desbocado” (A. Giddens). El mundo,

ha dicho Francisco, “exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias en todos los ámbitos de su misión”.

3. “La confianza tendrá la última palabra”¹⁷

La Vida Consagrada tiene una responsabilidad histórica en el camino hacia una nueva forma de ser Iglesia hoy. Nadie puede quedarse indiferente frente a la crisis institucional, también de la institución religiosa, incluido el catolicismo actual.

Es urgente una decisión que nos ayude a encontrar una salida liberadora antes de que sea demasiado tarde. A las consagradas y consagrados se nos impone, como testigos de la esperanza, una salida que no sea la de la fuga hacia el fondo del abismo, que sería la salida catastrófica¹⁸. Caracterizar la crisis como señal de un colapso total, es una manera sutil de impedir los cambios que son necesarios para salir del caos antes de que la desesperanza/desconfianza se apodere de todos los sectores de la Iglesia. No es éste tampoco un tiempo para huir

¹⁷ Uso esta frase extraída del Libro de Olivier Clemens *Taizé: Un Sentido a la Vida*.

¹⁸ Aplico aquí con mucha libertad un modelo que planteo L. Boff refiriéndose a la crisis mundial actual.

hacia el pasado. Los signos de involución que vemos en algunos sectores de la Iglesia, se plantean como una vuelta a “lo conocido y a lo mejor”, frente a la incertidumbre que la crisis nos plantea. No podemos dar solución a los problemas de hoy con las mismas concepciones del pasado, ya que esto favorecería la inercia y frenaría las soluciones innovadoras.

Tampoco podemos quedarnos indiferentes para dejar las cosas como están, éstas nos llevarán fatalmente al fracaso, a una crisis inimaginable capaz de corroer la esencia misma de lo que decimos ser. Como las fórmulas del pasado agotaron su fuerza de convencimiento y de innovación, acabarán transformando nuestra crisis eclesial en una tragedia impenable. Tampoco podemos huir hacia adelante con ingenuidad. Las utopías tienen que ser probadas aquí y ahora en la capacidad de tomar decisiones que nos vayan adelantando un horizonte nuevo. De lo contrario, la huida hacia el futuro será igual que la huida hacia el pasado; dos huidas con rumbos distintos. Sólo sucederán los cambios y transformaciones que hagamos, no lo que soñemos, o lo que escribamos en bellos documentos. Este tiempo es para

tomar decisiones y para hacernos responsables del presente. “Generalmente -los utópicos- son voluntaristas y se olvidan de que en la historia solo se hacen las revoluciones que se hacen. El último slogan no es un pensamiento nuevo. Los críticos más audaces pueden ser también los más estériles. No es raro que la audacia contestataria no pase de ser una evasión para no enfrentarse a la dura realidad” (Boff). Hay en la Iglesia y en la Vida Consagrada un grupo muy grande de personas que están huyendo hacia adentro -escapismo-. Estas personas saben lo que está pasando, pero hacen el oído sordo y siguen idealizando a la institución inmaculada. Evitan la confrontación, se mantienen al margen de las discusiones de fondo, se entretienen en hacer cosas o en orar para que todo cambie mágicamente.

El tema del próximo Capítulo General de las Hermanas de San Pablo contiene una bella invitación para todos nosotros: “*Levántate y ponte en camino (Dt 10,11) confiando en la promesa*”. Hoy podemos hacerle frente a la crisis institucional aquí y ahora. Podemos desde la confianza total en Aquel que está siempre a nuestro lado, elaborar una respuesta

responsablemente. El miedo, la huida, la evasión, no pueden quitarle el protagonismo al riesgo de abrir caminos como lo está haciendo Francisco en muchas de sus orientaciones decisiones. Podemos aprender del pasado, superar las polémicas estériles, trabajar profundamente en la realización de un modelo nuevo de Iglesia, asumiendo los riesgos que sean

necesarios, siempre abiertos a las críticas y dispuestos a aprender. Hoy son necesarios los obispos, los sacerdotes, las consagradas/os, las laicas/os que se atrevan a forzar el paso del pasado al futuro, de la crisis a la vida nueva! ¿Quién se atreverá a transformar el agua en vino, en nuestras comunidades, en la Iglesia, en el mundo para que la fiesta no acabe? ¡La confianza tendrá la última palabra!.